



# EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9341

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 1'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

MARTES 20 DE DICIEMBRE DE 1892.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

## LEGIA JABONOSA DE JOSE IGNACIO MIRABET.

TENIENDO SOSPECHAS DE QUE EN ALGUNOS ESTABLECIMIENTOS VENDEN OTRAS CLASES DE LEGIAS, TOMANDO EL NOMBRE DE LA DE MIRABET, Y A FIN DE EVITAR QUE NUESTROS CONSUMIDORES SE VEAN ENGAÑADOS, HE AQUÍ LOS PUNTOS DONDE ÚNICAMENTE SE EXPENDE EN CARTAGENA LA VERDADERA Y LEGÍTIMA LEGIA JABONOSA DE MIRABET:

Cooperativa del Ejército y Armada, calle de Jara; D. Joaquín Ruiz, Droguería, Cuatro Santos; D. Joaquín Barceló, Puerta de Murcia; D. Tomás Seva, calle de Osuna; D. José Ruiz Navarro, Comedias 5; D. José Romera, Castellini 1; Sra. Viuda é hijos de Pico, Verduras; Señora Viuda é hijos de Máximo Gutiérrez, Verduras 14; D. José Andreu, San Francisco esquina Pallas; D. Ginés García Cananata, Caballos 1; D. Antonio González, San Fernando 57; Sociedad Cooperativa del Obrero, Glorieta de San Francisco; D. Juan Roca, Cuatro Santos 18; D. José Pagan, Aire 8; D. Francisco González, Plaza de los Caballos 6; D. Diego García, Serreta 5; don Víctor Martínez, plaza de Sevillanos; Don Diego García, Serreta; Don Manuel Foyedo Martínez, Morería baja; Don Anastasio López, plaza de la Merced, esquina a la calle del Duque; Don Cecilio Cutillas, Serreta; Don Agustín Conesa, calle de Carales; Don Angel Elino, enfrente de la Ciudad; D. José María Ramón, plaza Roldán; D. Manuel Hernández, D. Matías 24; D. Pedro Sa abia, Carmen 34; D. Manuel Martínez, plaza del Rey 3; D. José Gómez é hijos, Puerta de Murcia; D. Juan Cecilia, Angel 40; D. Ginés Sánchez, Jara 26; D. Tomás García, Caridad 4; D. José León Costa, Duque esquina a la plaza de San Leandro; D. Anastasio López, calle de la Palma, Doña Josefa Luci, Caridad, 9, panadería.

Para más informes dirigirse al único representante en las provincias de Albacete, Murcia, Alicante y Almería, D. Fernando Giménez de Berenguer, calle de Martín Delgado, 9, pral. Carta g. ana.

## INSTITUTO MEDICO-QUIRÚRGICO DE CARTAGENA.

El día 7 del próximo Enero abrirá sus puertas en esta ciudad plaza de San Francisco número 19 bajo derecha, un establecimiento que abraza todos los ramos de la medicina en sus últimos progresos.

Los directores Sres. Zamora y Pico, que desde hace tiempo han venido madurando el pensamiento, no han omitido sacrificios para que Cartagena cuente con un centro a la altura de los mejores de las grandes capitales.

El campo operatorio en todos sus ramos, partos y distoxias para cuya especialidad se ha adquirido un completo arsenal quirúrgico, de que se carecía hasta el día aparatos para prolaris del útero y en una palabra, cuanto exige el difícil arte de curar.

Los embalsamamientos se harán á domicilio á precios cómodos para todas las clases, habiendo adquirido un aparato especial construido expresamente para este centro.

Los análisis de la orina, jugo gástrico, etc. para la formación de diagnósticos estarán á cargo del distinguido é ilustrado farmacéutico D. Eduardo Romero Germes.

Las consultas se establecerán de 10 á 11 de la mañana para las clases acomodadas, y otra general al alcance de todas las fortunas de once á una de la tarde.

Para los pobres de solemnidad que lo acrediten con papeleta de la Alcaldía, los jueves de 9 á 10 de la mañana.

Los días festivos estará cerrado este Instituto.

NOTA.—Este Instituto establecerá un servicio médico en concepto de agregado, para asistir á la visita domiciliaria, pues sus directores se reservan únicamente las consultas de las especialidades á que con tanto éxito vienen dedicándose.

## ANTIGÜE D'ADES.

Se compran, y con preferencia, alhajas, tapices, bordados, encajes y muebles franceses.

Hotel de Francia, habitación número 4.

## M.<sup>me</sup> LEONIE BROUTIN, MODISTA DE SOMBREROS

Ha llegado á esta población con un magnífico y variado surtido de sombreros, su representante doña Para Diaz, con quien podrán entenderse las señoras que necesiten sus servicios.

CALLE MAYOR 3, PRINCIPAL.

## FUEGO Y CALOR.

COCINAS FRANCESAS con varios fogones, horno para asados y pastas. Depósito para agua caliente, forma artística y fundición esmerada.

CHIMENEAS de mármol de Italia y Macael, con puertas de corredera.

ESTUFAS Chauberski, varios tamaños y artístico decorado.

Exposición y venta, MUSEO COMERCIAL.—Puerta de Murcia.

## TURRON

El tan conocido turronero Felipe Tomás, que viene poniendo su puesto de

venta todos los años en la calle Mayor, lo ha hecho en el presente en la calle de Medieras número 3, y Mayor 21, lo que avisa á su numerosa clientela.

## La Envidia.

La definición literaria, podrá ser la que quieran darle las eminencias de la clase, con atenuantes ó agravantes según los casos: pero la que por realidad de los hechos, tiene socialmente, es afirmativa, evidente, absoluta. La envidia es encarnación y verbo del odio y de la calumnia.

¡Padece es tormento y desconsuelo eterno! No habrá en momento alguno tranquilidad en la conciencia, ni serenidad en el espíritu: la vida será un infierno; la lucha entre el ser y el no ser ruda batalla de pasiones insanas, y el pensamiento se informará por fiebre cerebral.

Le generosidad, la nobleza, no van jamás compañeras de la envidia, que esta olvida amistad, favor, y rompe hasta los sagrados vínculos de la sangre, para acometer despiadadamente por igual á propios y á extraños.

Odia la envidia, no por pena de ser menos, sino por rabia de no ser más: no lamenta la desgracia; maldice la agena fortuna. La enemiga,

por impulso de agravios que realmente lo son, no traspasa los límites de lo decoroso; se mantiene á la altura de lo correcto, mas cuando entra en el cenagoso terreno del odio, desaparece la idea de la nobleza para darle puesto á la venganza y á la crueldad.

¡La noble venganza! ¿Cuándo? ¿Cómo? Podrá buscar justificación alguna vez; quizás la encuentre, pero en todo caso, la venganza es la afirmativa de lo inhumano, y la negativa del perdón. Aquella será siempre aborrecible: este será justo ó injusto, pero siempre grande y sublime, que el perdón es el más hermoso de los actos de la vida; ejecutoria indiscutible é indiscutida de grandeza de sentimientos.

La envidia aparta el corazón de todo movimiento de generosidad: atolondra y desvanece los sentidos, y no experimenta más que una satisfacción; el desastre. Confúndese por inaudita aberración, el estímulo y la emulación con la envidia ¡error inconcebible! el estímulo, la emulación, pueden ser fructuosos, saludables, conductores del bien: la envidia no conoce más que un camino y un término; la perdición y la ruina. Todo lo desea y procura, y la virulencia de su fatalidad, trocará á veces, dichas y abundancia por desventuras y privaciones.

La modestia, la idea de vivir en la obscuridad y en el silencio, tiene realmente un fin práctico y beneficioso; el de no someterse al expediente de la envidia. El gran problema social, es no despertarla; si se consigue, podrá obtenerse paz y sosiego; si no se alcanza ¡cuántas amarguras se sufrirán!

Entrará, por muchos, en el cálculo acomodaticio, para sustraerse á los sinsabores que produce la envidia, el tener siempre ajustadas las cuentas con la conciencia, pero será inútil: la envidia no se contiene en los límites de la negación de todo bien; que en el immoderado afán de dañar, buscará en la calumnia su arma favorita para maltratar, para herir sin piedad. Y no será dique, consideración alguna. ¿Hace falta un medio? Pues cualquiera es bueno. El fin es lo importante, y al fin llega.

¡La calumnia! Con ser villana siempre, debiera bastar para ser maldecida, pero su siniestra negrura, es como el carbón, que cuando no quema mancha.

Apena y acobarda al ánimo de mayor fortaleza y resolución, el sufrimiento incuo de vilipendio por falsas imputaciones; que á veces no hay defensa posible; la calumnia, funciona y se agita en la sombra: acomete cuando cuenta previamente con la impunidad; se esconde á intervalos, y á intervenirlos se manifiesta; ataca y huye: jamás busca el combate: tiene miedo á la luz; cuando lo necesita se cubre con la máscara de la hipocresía; á veces en la adulación va la calumnia; en ocasiones, la sonrisa inocente eucubre irónica carcajada; el sarcasmo sangriento se viste el ropaje de la sátira: no tiene caridad, y no respeta sexos ni edades. Por eso los efectos son tanto más horribles, cuanto más inesperados.

Y cuando la defensa obtiene medios de ejercitarse, para triste satisfacción de la calumnia, alcanzará un éxito; el misterio, que con sus vestiduras siembra la más cruel de las desdichas: ¡la duda!

Los temerosos por acamamiento, buscan una fórmula contra la envidia «Al amigo para que te honre, y al enemigo para que no te deshonor». Doloroso es consignarlo, pero se practica con éxito, que á tal grado de debilidad, lleva el horror á la calumnia.

Proceder bien: dar á la conciencia tranquilidad; practicar lo justo y lo honrado, no pensar mal; inspirarse en la rectitud; reconocer noblemente las virtudes ajenas; no sujetar jamás el entendimiento á falsas apariencias y dar á los actos de la vida temperamentos de lealtad; eso es el camino verdadero sin temores á calumniosas imputaciones, ni poner cuidados en enemistades injustificadas ó encubiertas envidias.

Pero tampoco ha de olvidarse que mientras exista en el mundo la envidia, no se habrá extinguido la raza de los Iscariotes.

EDUARDO CHAZARRI.

## CORREO DE SEÑORAS.

(DESDE PARÍS.)

Tomo por asunto para esta crónica hablar del matrimonio de la señorita de Luynes con el duque de Ayen, ceremonia verificada el martes último con inusitada pompa en el castillo de Dampierre, y que ha hecho resucitar por un momento los antiguos esplendores de la corte de Versailles.

La desposada, joven, de bellísima y delicada figura, de grandes ojos azules é indecible expresión de encanto en toda su persona, es hija de aquel heroico duque de Luynes, que perdió su vida en el campo del honor cuando el sempiterno enemigo de la Francia invadía y asolaba el territorio patrio.

Los invitados á la ceremonia, se han visto obligados á madrugar, y envueltos en amplios abrigos de pieles, á tomar el tren especial, que saliendo de París á las nueve y media, había de dejarlos en la estación de Saint Remy-les Chevreuses, donde multitud de carruajes de todas clases y tamaños esperaban á los aristocráticos expedicionarios, cuyo número no bajaría de 200.

A las once y media en punto el brillantísimo cortejo nupcial hacia su entrada en la modesta iglesia del pueblecito de Dampierre.

La novia, apoyada en el brazo de su hermano el duque de Luynes, aparecía como una evocación de la gracia y de la poesía, luciendo una magnífica «toilette» de raso blanco, confeccionada por Worth.

El vestido, que ostentaba larguísima cola, y que era sumamente ceñido, en el género de los llamados «fourreau» se terminaba por un cordón de flores de azahar, que rodeaban la falda en toda su extensión.

El cuerpo, muy sencillo, sólo se hacía notar por sus anchísimas mangas, sobre las que caía desde el hombro un volante de riquísimo encaje antiguo «point á l'aiguille».

Un gran «bouquet» de azahar puesto á un lado del talle dejaba caer sobre la falda algunas largas ramas de la simbólica flor.

De París había venido expresamente á Dampierre el célebre peluquero Londel, quien peinando artísticamente á la grie-

ga á la bella desposada, había colocado algo hacia atrás la pequeña corona de azahar, de la cual pendía un grandísimo velo de encaje igual al del vestido, y que descendía graciosamente sobre la cola.

La madre de la novia, duquesa viuda de Luynes, llevaba elegantísima «toilette» de terciopelo azul con encajes blancos de «point d'Alençon».

La joven duquesa de Luynes llamó extraordinariamente la atención por su riquísimo atavío.

El vestido, de terciopelo celeste, hallábase guarnecido todo alrededor de pieles de zibelina, mientras una soberbia encaje antiguo «d'Alençon» cubría todo el delantero de la falda.

La pequeña capota, también de terciopelo celeste con pieles, eran más bien, que un adorno, un pretexto para clavarse en ella algunos diminutos alfileres de pedrería y una mariposa de zafiros y brillantes, colocada con mucha gracia, casi en el frente, sobre los rizados cabellos.

La duquesa de Monchy, á cuyo esposo une cercano parentesco con la familia de Luynes, vestía preciosa «toilette» de terciopelo azul, firmada Worth, y ostentaba en el cuello el famoso collar de la casa ducal de Monchy, formado por sepihilos de perlas de extraordinario valor.

La condesa de Pourtales, esa dama archi-elegante, cuyas «toilettes» llevan siempre el sello de la más artística originalidad, envolvióse en un abrigo tan bello, tan suntuoso, que causó bastantes admiraciones y envidias femeninas.

Este abrigo, confeccionado de un tejido especial de lana llamado «limousine», y que aventaja á la «peluche», hoy relegada al olvido, era de color encarnado amaranto, forrado y rodeado por fuera de pieles riquísimas.

Dos cuellos, á modo de pequeñas esclavinas, lo adornaban: el primero, ó sea el más corto, era de paño, primorosamente bordado de oro y de acero, y el segundo, bastante grande, era todo de pieles.

Como sería interminable describir todas aquellas soberbias «toilettes», que representaban un doble atavío, pues el lujo de los abrigos era fabuloso, siendo éstos en su mayoría de costosísimas pieles, tales como las requería aquella mañana de invierno en que las calles de París aparecían cubiertas de nieve, hago aquí punto sobre la cuestión femenina por excelencia, indicando de paso que el terciopelo triunfa en toda la línea, y describiré, siquiera á grandes rasgos, la ceremonia nupcial.

La pequeña iglesia de Dampierre apareció aquella memorable mañana cuajada de plata y arbustos. En su modesto altar mayor lucían multitud de cirios, cubriéndolo completamente, lo mismo que el suelo del presbiterio delicadísimas flores blancas, entre las que descollaban profusión de camelias y ohrysanthemas.

Una mesa de honor dispuesta para cuarenta personas, ocupaba el centro de aquella estancia y rodeábanla otras doce pequeñas mesas para ocho cubiertos cada una. No era todo esto suficiente, sin embargo, para los numerosos invitados, y en el piso bajo del castillo, habíase preparado en el hermoso comedor varias otras de doce cubiertos cada una. Al empezar el almuerzo, cuyo exquisito menú tuvo la particularidad de no contar sino un número relativamente reducido de platos, moda que ahora va introduciéndose en la alta sociedad francesa, pudieron admirarse las preciosas «toilettes» de las damas, desembarazadas estas ya de sus amplios y costosos abrigos.

Como es de suponer, el almuerzo fué animadísimo y servido con esa esplendidez y buen gusto que caracteriza á la